

Ken Wilber

BREVE HISTORIA DE
TODAS LAS COSAS

Prólogo de Tony Schwartz

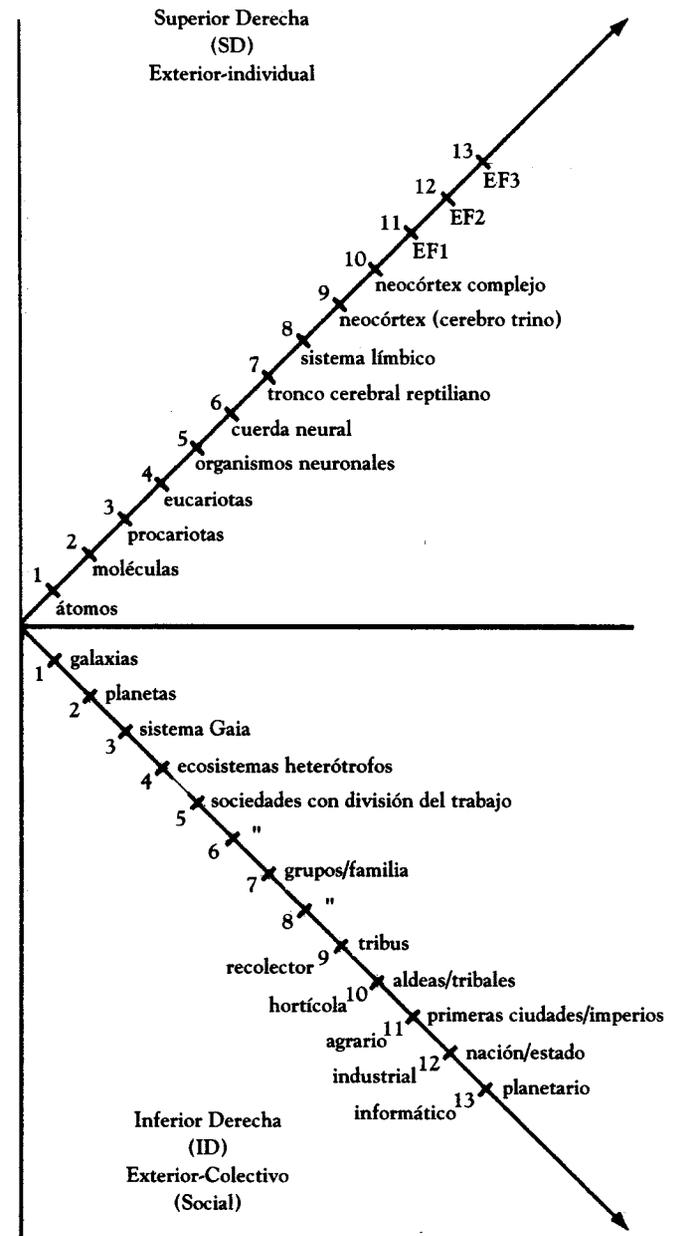
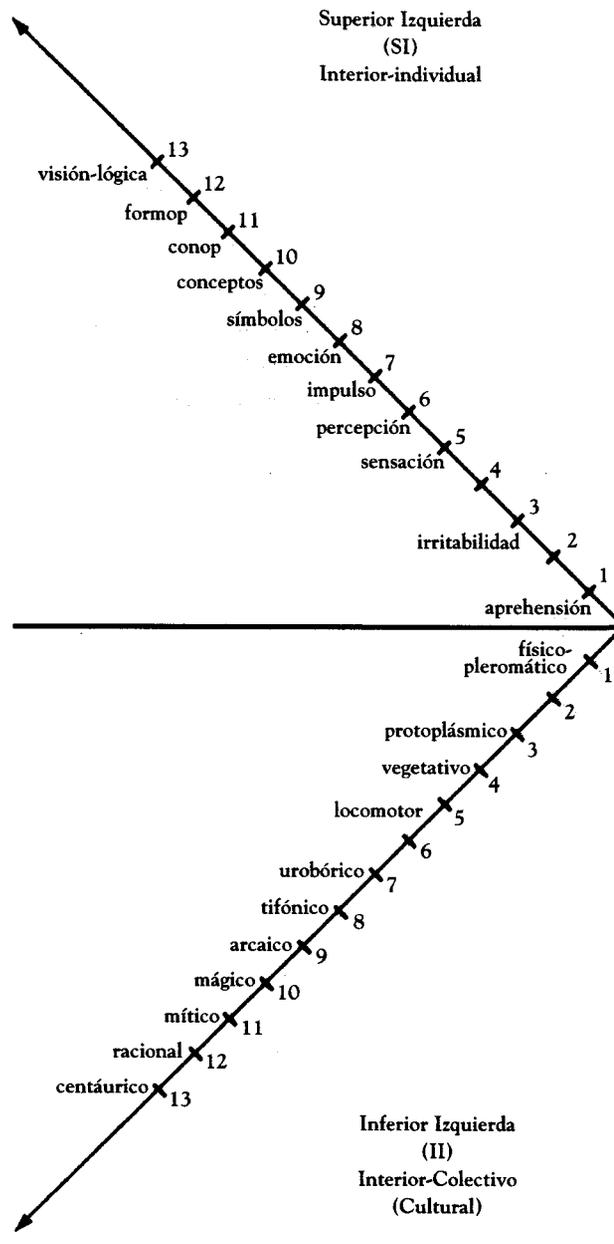
Traducción de David González Raga

editorial **K**airós

Numancia, 117-121

08029 Barcelona

España



Título original: A Brief History of Everything

© 1996 by Ken Wilber

© de la edición española:

1996 by Editorial Kairós, S.A.

Primera edición: Enero 1997

Segunda edición: Abril 1998

ISBN: 84-7245-365-0

Dep. Legal: B-43.091/1997

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p., Córcega, 267, 08008 Barcelona

Impresión y encuadernación: Romanyá/Valls, S.A. Verdaguer, 1,

08786 Capellades (Barcelona)

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright.

PRÓLOGO

Hace seis años, en 1989, emprendí un viaje por todo el país en busca de la sabiduría. En el curso de ese viaje me entrevisté y trabajé con más de doscientos psicólogos, filósofos, médicos, científicos y místicos que declaraban conocer las respuestas a las preguntas que yo me estaba haciendo. En la época en que escribí *What Really Matters: Searching for Wisdom in America*, me quedó claro que, entre todos ellos, Ken Wilber constituía una categoría en sí mismo. En mi opinión, él es, y con mucho, la voz más profunda y convincente de la recién nacida sabiduría americana.

Han transcurrido ya veinte años desde que Ken Wilber publicara *El espectro de la conciencia*, un libro, escrito a los veintitrés años de edad, que le convirtió, casi de la noche a la mañana, en el filósofo más completo de nuestro tiempo. *El espectro de la conciencia*, escrito por Wilber en tres meses después de abandonar sus estudios de graduación en bioquímica, plantea que el desarrollo humano atraviesa una serie de estadios que van mucho más allá de lo que suele admitir la psicología occidental. Sólo atravesando con éxito esta secuencia evolutiva, afama Wilber, es posible desarrollar primero una sensación de individualidad sana y experimentar luego una identidad más amplia que trascienda -pero también incluya- al yo personal. De ese modo Wilber unificó a Freud con el Buda, hasta entonces separados por diferencias aparentemente irreconciliables. Y ésa no fue más que la primera de sus muchas y originales contribuciones.

El título del libro que hoy nos ocupa es engañosamente frívolo porque ofrece exactamente lo que promete. Abarcando un amplio sustrato histórico -desde el mismísimo Big Bang hasta el baldío del presente postmoderno-, *Breve historia de todas las cosas* parece dar sentido a los caminos aparentemente contradictorios por los que ha discurrido y todavía sigue discurriendo la evolución -física, emocional, intelectual, moral y espiritual- del ser humano.

Se trata de un libro sobrio y contundente en el que Wilber desarrolla las ideas bosquejadas en sus otros once libros utilizando un estilo sencillo y asequible, el diálogo. El resto de la obra de Wilber requiere, cuanto menos, un cierto conocimiento de las principales tradiciones contemplativas orientales y de la psicología evolutiva occidental, pero *Breve historia de todas las cosas*, por el contrario, está escrito para un auditorio mucho más amplio, cualquier ser humano que tratando de encontrar la sabiduría en la vida cotidiana quede desconcertado ante la gran diversidad de caminos -a menudo contradictorios - que, asegurando conducir a la verdad, yerran en lo fundamental. A quienes terminen de leer este libro con ganas de seguir profundizando en la obra de Wilber recomiendo encarecidamente la lectura de su reciente *Sexo, Ecología, Espiritualidad*, un libro en el que explora con mayor detalle y rigor muchas de las ideas apenas esbozadas aquí.

No conozco a nadie que haya descrito de manera más sistemática y comprensiva que Wilber el camino del desarrollo del ser humano, el camino de la evolución de la conciencia. Y ciertamente que a lo largo de mi viaje conocí a muchas personas que pretendían estar en posesión de una versión particular de la verdad, pero casi siempre terminé descubriendo que sus conclusiones eran parciales y que, si bien daban cuenta de un determinado conjunto de capacidades y de valores, dejaban, sin embargo, completamente de lado a otras.

Como pronto advertirán, Wilber ha adoptado, en este libro, un enfoque comprensivo y global. En las páginas siguientes descubrirán una visión coherente que integra las verdades proceden-

tes de una amplia y dispar diversidad de campos -como la física, la biología, las ciencias sociales, las ciencias sistémicas, el arte, la estética, la psicología evolutiva y el misticismo contemplativo, por ejemplo - y que también incorpora movimientos filosóficos tan opuestos como el neoplatonismo, el modernismo, el idealismo y el postmodernismo.

Lo que Wilber afirma es que una determinada formulación de la verdad puede ser válida sin ser completa, puede ser cierta pero sólo en la medida en que funciona y que debe ser considerada como una parte de otras verdades igualmente importantes. Tal vez la herramienta más novedosa y potente que Wilber nos presenta en *Breve historia de todas las cosas* sea la noción de los cuatro «cuadrantes» del desarrollo. El estudio de los centenares de mapas del desarrollo que han bosquejado los diversos pensadores a lo largo de los años -mapas del desarrollo biológico, del desarrollo psicológico, del desarrollo cognitivo y del desarrollo espiritual, por nombrar sólo a unos pocos - llevó a Wilber al reconocimiento de que, muy a menudo, estos mapas estaban describiendo diferentes versiones de la «verdad». Las formas exteriores del desarrollo, por ejemplo, pueden ser valoradas de manera objetiva y empírica pero, como afirma explícitamente Wilber, este tipo de verdad no lleva muy lejos. En su opinión, todo desarrollo comprensivo también posee una dimensión interna, una dimensión subjetiva e interpretativa que está ligada a la conciencia y la introspección. Pero además, el desarrollo interno y el desarrollo externo, según Wilber, no tienen lugar aisladamente y de manera individual sino que acontecen en el seno de un contexto social y cultural. Estos son los cuatro cuadrantes de los que hablábamos.

Ninguna de estas formas de la verdad -sostiene Wilber recurriendo, para ello, a una serie de vívidos ejemplos- puede ser reducida a las demás. Un conductista, por poner un solo ejemplo, jamás podrá llegar a comprender la experiencia interna de otra persona mediante la mera observación de su conducta externa (ni tampoco, por cierto, de sus correlatos fisiológicos). Es cierto que

la verdad nos hace libres pero sólo si reconocemos la existencia de más de un tipo de verdad.

Breve historia de todas las cosas es un libro que opera a varios niveles. Se trata, en mi opinión, del mapa más exacto del mundo en que vivimos y del lugar que en él ocupan los hombres y las mujeres. Según señala Wilber, la misma dialéctica del proceso evolutivo implica que cada nuevo estadio evolutivo trascienda los límites de sus predecesores pero imponga, al mismo tiempo, sus propios nuevos límites. Ésta es una visión que honra cualquier búsqueda auténtica de una vida más consciente y plena. «No existe ninguna época definitivamente privilegiada -dice Wilber- y todos nosotros seremos alimento del mañana. El proceso evolutivo prosigue su camino y el Espíritu se encuentra en el proceso mismo, no en un lugar concreto y privilegiado del espacio y del tiempo.»

En otro nivel, Wilber nos ofrece, en *Breve historia de todas las cosas*, una penetrante crítica que nos ayuda a desmitificar y desenmascarar a todos aquellos maestros, técnicas, ideas y sistemas que, prometiendo un camino de acceso a la verdad completa, suelen terminar revelándose parciales, falsos, distorsionados y engañosos. Y también queda claro que, con harta frecuencia, nosotros mismos somos cómplices del engaño. Temerosos de cualquier cambio y con una extraordinaria capacidad para mentirnos a nosotros mismos, somos demasiado proclives a buscar respuestas simples y aferrarnos a ellas como a un clavo ardiendo, lo cual termina estrechando nuestra perspectiva y frustrando nuestro posible desarrollo.

El mensaje de Wilber constituye un acontecimiento infrecuente al que el autor aporta un corazón sincero y un profundo compromiso con la verdad. Su visión se extiende para permitirnos acceder a una imagen lo más amplia posible, pero se niega, sin embargo, a considerar que todos los elementos compositivos son iguales. Wilber, por el contrario, es un especialista en establecer diferencias cualitativas y valoraciones muy sutiles. Y aunque no tema crearse enemigos, es respetuoso con aquellas opi-

niones que discrepan de la suya. Como resultado de todo ello, *Breve historia de todas las cosas* irradia una luz muy peculiar que no sólo ilumina las cuestiones fundamentales de nuestra vida sino que también echa luz sobre decenas de temas confusos y de preguntas sin respuesta de nuestro tiempo (como los roles cambiantes de los hombres y de las mujeres, la continua destrucción del medio ambiente, la diversidad, el multiculturalismo, los recuerdos reprimidos, el abuso sexual de la infancia y el papel que desempeña Internet en la era informática, por nombrar sólo unos pocos).

No concibo una forma mejor de introducir a alguien en la obra de Ken Wilber que la lectura de este libro, un libro que eleva el debate sobre la evolución, la conciencia y la posible transformación del ser humano a una dimensión completamente nueva. Y, en un nivel mucho más práctico, este libro evitará muchos pasos equivocados y muchas desviaciones en cualquier camino de sabiduría que decidamos emprender.

TONY SCHWARTZ

ADVERTENCIA AL LECTOR

En *Hitchhiker's Guide to the Galaxy*, de Douglas Adams, se diseña un superordenador que debe encontrar la última respuesta, la respuesta absoluta, la respuesta que explicaría por completo a «Dios, la vida, el universo y la totalidad de las cosas». Pero el ordenador tarda siete millones y medio de años en llevar a cabo su tarea, y cuando finalmente responde «42» nadie recuerda ya cuál era la pregunta original.

¡Realmente sorprendente! ¡Por fin se ha descubierto la respuesta última! Y esa respuesta es tan extraordinaria que inmediatamente se lleva a cabo una encuesta para ver si alguien termina por descubrir cuál era la pregunta original. Muchas son las profundas preguntas que se proponen, pero la finalmente ganadora -aquella cuya respuesta última es: «42»- es ¿Cuántos caminos debe un hombre andar?*

Este libro trata precisamente de «Dios, de la vida, del universo y de la totalidad de las cosas», aunque la respuesta, obviamente, es algo más compleja que «42». Este libro reflexiona sobre la materia, la vida, la mente, el Espíritu y el proceso evolutivo que parece unificar a todos esos elementos dispersos en una misma pauta conectiva.

* Primera estrofa de la conocida canción *Blowin' in the Wind*, de Bob Dylan (*N. del T.*).

He escrito este libro en forma de diálogo, en forma de preguntas y de respuestas, muchas de las cuales han tenido lugar realmente mientras que otras han sido específicamente elaboradas para esta ocasión. Las preguntas son absolutamente reales, son las preguntas que la gente ha solido hacerme sobre mis libros, en general, y sobre mi último libro, *Sexo Ecología, Espiritualidad*, en particular. Pero el lector no tiene la menor necesidad de haber leído ése ni tampoco ninguno de mis otros libros porque, en mi opinión, los tópicos desarrollados aquí son interesantes en sí mismos y no requieren ningún conocimiento previo especializado en estos dominios. (En todo caso, aquellos eruditos que estén interesados en referencias, bibliografía, notas y argumentos más detallados siempre pueden consultar *Sexo Ecología, Espiritualidad*.)

Los primeros capítulos tienen que ver con el cosmos material y con la aparición de la vida. ¿Qué fue lo que impuso orden en el caos? ¿De qué forma la materia dio lugar a la vida? ¿Qué fuerzas son las que están urdiendo el milagroso tejido de la evolución? ¿Existe acaso un «Espíritu» de la ecología? ¿Fue ese Espíritu el que creó la materia?

Los capítulos intermedios investigan la emergencia de la mente, o conciencia, y en ellos rastreamos la evolución de la conciencia a lo largo de los cinco o seis estadios principales del desarrollo humano (el estadio de los cazadores-recolectores, el estadio hortícola, el agrario, el industrial y el informático). ¿Cuál era el estatus de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios? ¿Por qué algunos de ellos subrayaron la importancia del género masculino y otros hicieron lo propio con el femenino? ¿Arroja esto alguna luz sobre la guerra de géneros de nuestros días? ¿Acaso las fuerzas que operan en la evolución del ser humano son las mismas que lo hacen en la evolución del cosmos? ¿Qué relación existe entre el pasado desarrollo del ser humano y los problemas que aquejan a la humanidad actual? ¿Es cierto que si no recordamos nuestro pasado estamos condenados a repetirlo?

Luego prestaremos atención al dominio de lo divino y a la forma en que puede estar relacionado con las fuerzas creativas de la materia, de la vida y de la mente. ¿Cómo, y por qué, la religión ha dado lugar históricamente a la psicología? En la antigüedad, si usted se hallaba confuso o buscaba la respuesta a sus problemas internos acudía a un sacerdote, mientras que hoy en día, sin embargo, busca la ayuda de un psiquiatra. Y lo cierto es que los sacerdotes y los psiquiatras rara vez están de acuerdo. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Es que acaso ambos tienen cosas importantes que decimos? ¿Tal vez no sean rivales sino primos hermanos?

¿A quién nos dirigimos cuando buscamos la respuesta a nuestras preguntas? ¿Le preguntamos al superordenador de Adams o tal vez buscamos la respuesta en la religión, la política, la ciencia, la psicología... o quizás nos dirigimos a un gurú o a un amigo vidente? ¿A quién confiamos, en última instancia, las cuestiones que realmente nos importan? ¿En dónde depositamos nuestra confianza? ¿Existe algún tipo de relación entre las verdades procedentes de todas estas fuentes o acaso cada una de ellas tiene su propia verdad? ¿Existe acaso alguna respuesta equilibrada y armónica en un mundo tan fragmentado como el nuestro?

Los últimos capítulos del libro tratan del colapso de un kosmos ricamente texturado que ha terminado convirtiéndose en un mundo chato [*flatland*], un mundo unidimensional plano y desvaído, el mundo desolado y monocromo de la modernidad y de la postmodernidad. Pero no es nuestra intención la de mirar con ojo acusatorio al mundo moderno -un mundo aparentemente olvidado de la mano de Dios - sino, por el contrario, tratar de descubrir en él la impronta del resplandeciente Espíritu. ¿Dónde está Dios y donde está la Divinidad en las aguas cenagosas en las que nos movemos?

¿Cuántos caminos nos quedan todavía por recorrer? Después de todo, debe haber una respuesta a esta pregunta porque la perplejidad sigue anidando en nosotros y la alegría sale a la superficie en el reconocimiento y la liberación del despertar. Y todos

Advertencia al lector

nosotros sabemos de ese asombro que nos habla en el lenguaje del Dios interior y que, de un modo inexplicable, nos señala el camino de regreso al hogar.

KEN WILBER
Boulder, Colorado
Primavera, 1995

INTRODUCCIÓN

Pregunta: ¿En este libro se habla realmente de sexo?

Ken Wilber: Así es. Y con diagramas.

P: ¿Está usted bromeando?

KW: Sí, estoy bromeando. Pero el hecho es que la sexualidad -y especialmente su relación con el género- constituye uno de los temas fundamentales de este libro.

P: ¿Sexo y género son cosas diferentes?

KW: Es frecuente utilizar el término «sexo», o sexualidad, para hablar de los aspectos *biológicos* de la reproducción humana y reservar el término «género» para referirse a las diferencias *culturales* que se basan en las diferencias sexuales o biológicas. En consecuencia, en el caso de las diferencias sexuales se habla de *hombre* y de *mujer* mientras que, en el caso de las diferencias culturales, los términos que suelen emplearse son, por el contrario, los de *masculino* y *femenino*. Y si bien las diferencias existentes entre el hombre y la mujer están, de hecho, determinadas biológicamente, las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino, en cambio, son, en gran medida, una creación cultural.

P: El asunto, pues, consistiría en determinar qué rasgos son sexuales y cuáles genéricos.

KW: En cierto modo así es. Las diferencias sexuales existentes entre el hombre y la mujer son fundamentalmente biológicas y, en esa misma medida, son universales e interculturales (todos los machos, por ejemplo, producen espermatozoides y todas las hembras

producen óvulos, dan a luz y amamantan). Pero las diferencias existentes entre lo *masculino y lo femenino*, en cambio, son creadas y moldeadas por las diferentes culturas concretas en las que crecen y se desarrollan los hombres y las mujeres.

Y, si bien las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres son biológicas y universales -y, en esa misma medida, inmutables- las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino, en cambio, son un producto cultural que puede, en muchos y muy significativos modos, ser modificado. En este sentido, nuestra cultura se encuentra en el difícil y espinoso proceso de tratar de modificar algunos de estos roles de género.

P: ¿Por ejemplo?

KW: Veamos. El hecho, por ejemplo, de que el cuerpo del hombre suela ser más musculado y fuerte que el cuerpo de la mujer no debe llevarnos a concluir que masculino signifique fuerte y asertivo y que femenino signifique débil e inmaduro. En la actualidad estamos atravesando un período de transición en el que están reformulándose y redefiniéndose los roles masculinos y femeninos que ha terminado generando una animadversión mutua que bien podría calificarse de guerra de géneros.

Una parte del problema es que, si bien los roles masculinos y femeninos pueden ser redefinidos y remodelados -una tarea que había sido postpuesta desde hacía mucho tiempo-, no es posible, en modo alguno, modificar las características propias de los hombres y de las mujeres. En tal caso, el exceso de celo en intentar equilibrar las diferencias existentes entre lo masculino y lo femenino nos estaría llevando también a tratar de erradicar las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres. Y, si bien la primera es una idea muy acertada, la segunda, en cambio, está abocada al fracaso. En mi opinión, pues, el problema estriba precisamente en reconocer las diferencias.

P: Así pues, desde su punto de vista, algunas de las diferencias existentes entre los hombres y las mujeres son inmutables mientras que otras, por el contrario, deberían ser modificadas. ¿No es así?

KW: Algo así. Si nos dedicamos a investigar las diferencias -tanto de sexo como de género- existentes entre los hombres y las mujeres, llegaremos a descubrir la reiterada presencia, aun en el terreno de lo cultural, de ciertas diferencias en culturas muy diversas. Dicho en otras palabras, las diferencias de sexo no son las únicas que tienden a presentarse en las diferentes culturas sino que también ocurre lo mismo con ciertas diferencias de género.

Es como si las diferencias sexuales biológicas existentes entre los hombres y las mujeres fueran una especie de sustrato básico que tendiera a irrumpir en el campo de la cultura y a manifestarse, en consecuencia, en las diferencias de género. Así pues, aunque el género no esté determinado biológicamente y se halle modelado por la cultura, existen, sin embargo, ciertas constantes propias de cada uno de los géneros que también tienden a presentarse en culturas muy diversas.

P: Hace una década ésta hubiera sido una afirmación más que controvertida. Hoy en día, sin embargo, parece completamente admisible.

KW: Sí. Hoy en día, hasta las feministas más radicales reconocen que, hablando en términos generales, existen grandes diferencias (tanto de sexo como de género) entre la esfera de los valores masculinos y la de los valores femeninos. Los hombres, por ejemplo, tienden hacia la hiperindividualidad, insisten en la importancia de la autonomía, del derecho, de la justicia y de la acción, mientras que las mujeres, por su parte, son más proclives a una conciencia relacional, enfatizan la importancia de la comunidad, del respeto, de la responsabilidad y de la relación. Los hombres, en suma, tienden a subrayar la autonomía y tienen miedo de las relaciones, mientras que las mujeres, por su parte, hacen hincapié en las relaciones y temen la autonomía.

Obviamente, en este punto resulta de capital importancia la obra de Carol Gilligan y Deborah Tannen. Pero lo más sorprendente es que, como usted dice, en el curso de unas pocas décadas, la mayor parte de los investigadores ortodoxos y de las investiga-

doras feministas hayan llegado a coincidir en la existencia de ciertas diferencias esenciales entre las esferas de los valores masculinos y femeninos. Éste es también un tema fundamental en el nuevo campo de estudio conocido como «psicología evolucionaria», un dominio que se ocupa de investigar los efectos de la evolución biológica en los rasgos psicológicos.

El problema consiste en reconocer estas diferencias sin utilizarlas, una vez más, para coartar los derechos de las mujeres. Porque, apenas se proclama la existencia de algún tipo de *diferencias* entre las personas, los privilegiados suelen explotarlas para consolidar sus privilegios. ¿Se da usted cuenta del problema?

P: Sí. Pero parece que hoy en día está ocurriendo exactamente lo contrario. Parece que, en la actualidad, esas diferencias están siendo aprovechadas para demostrar que los hombres son intrínsecamente zafios, una especie de insensibles mutantes testosterónicos que «no pueden dar más de sí». Lo que usted denomina la esfera de valores masculinos se ve asediada desde todos los frentes. El mensaje implícito en este tipo de concepciones es que los hombres deben ser más sensibles, más respetuosos, más amorosos y más comunicativos; ¿por qué, en suma, los hombres son tan diferentes de las mujeres?

KW: En efecto, es como si, para jugar limpio, hubiera que «dar la vuelta a la tortilla». Antiguamente no era extraño tropezar con definiciones de la mujer como un «hombre deficiente» o en las que se hablaba de «envidia del pene» (por hablar sólo de algunas muy conocidas). Hoy en día, en cambio, son los hombres los que están siendo definidos no tanto en función de los atributos positivos que poseen sino de las características femeninas de las que carecen, como si se tratara de «mujeres deficientes». Pero lo cierto es que ambos enfoques son igualmente ridículos, por no decir que despectivos y degradantes para ambos géneros.

El asunto, como anteriormente comenzaba a señalar, consiste en superar dos cuestiones difíciles. La primera de ellas es aclarar cuáles son las principales diferencias existentes entre las esferas de los valores masculinos y femeninos (*à la* Gilligan), y la segun-

da aprender a valorarlas por igual, y me gustaría subrayar que no estoy hablando de equipararlas sino de valorarlas por igual.

La naturaleza no ha dividido sin motivo alguno a la raza humana en dos sexos y el mero hecho de intentar hacerlo sería simplemente estúpido. Pero, aun los teóricos más conservadores deberían reconocer que, de un tiempo a esta parte, nuestra cultura se ha inclinado predominantemente hacia la esfera de los valores masculinos. Es por ello que ahora nos vemos en el delicado, complejo, escrupuloso y, con frecuencia, suspicaz proceso de tratar de equilibrar los dos platillos de la balanza. Insistiré una vez más en que no se trata de eliminar las diferencias sino de equilibrarlas.

P: ¿Y esta desigualdad se asienta en las diferencias biológicas existentes entre el macho y la hembra?

KW: Así es. Pareciera que, en parte, estas diferencias se asentaran concretamente en las diferencias hormonales. Todos los estudios realizados sobre la testosterona, por ejemplo -estudios de laboratorio, investigaciones interculturales, estudios embriológicos e incluso cuando, por algún motivo médico, debe administrarse testosterona a las mujeres-, apuntan hacia la misma conclusión. Y no quisiera ser grosero pero parece que la testosterona tiene que ver con dos -y sólo dos- grandes impulsos, fornicar y matar.

Y los hombres están afligidos por esta pesadilla biológica casi desde el primer día, una pesadilla que las mujeres apenas pueden imaginar (excepto cuando, por motivos médicos, se les administra testosterona, en cuyo caso enloquecen. Como dijo, una vez, cierta mujer que se hallaba en estas condiciones: «No puedo dejar de pensar en el sexo... ¡Acaben de una vez con todo esto!»). Y, como algunas mujeres dirían, en el peor de los casos, los hombres llegan a fundir y a confundir peligrosamente estos dos impulsos -el impulso que les lleva a fornicar y el impulso que les lleva a matar- con consecuencias nada felices, por cierto.

P: ¿Existe algún equivalente femenino de la testosterona?

KW: Tal vez pudiéramos, en este sentido, hablar de la oxito-

cina, una hormona cuyo mero contacto dérmico afecta a la mujer. La oxitocina ha sido calificada como «la droga de las relaciones» porque es una hormona que induce sentimientos muy fuertes de identificación y relación y lleva a nutrir, sostener y tocar.

Y no es difícil ver que tanto la testosterona como la oxitocina hunden sus raíces en la evolución biológica y que la primera de ellas está ligada a la reproducción y la supervivencia y la segunda al maternaje. La mayor parte de las relaciones sexuales que tienen lugar en el reino animal ocurren en cuestión de segundos. Durante la relación sexual, ambas partes están expuestas a convertirse en presa y ser devoradas, lo cual aporta un nuevo significado a la frase «comida o sexo-» porque usted *es* la comida. Se trata simplemente del «aquí te pillo aquí te mato» y eso es todo. Nada que ver, por tanto, con compartir los sentimientos, las emociones y las caricias. De hecho, la idea o el mito *del hombre sensible* es una invención muy, muy reciente y resulta, por tanto, difícil que los hombres se acostumbren a ella.

Los requerimientos sexuales del maternaje, por su parte, son completamente diferentes. La madre debe estar en constante sintonía con su hijo y debe permanecer atenta las veinticuatro horas del día a los menores signos de hambre y de dolor de su bebé. Y ésa es precisamente la función de la oxitocina, mantener a la madre centrada en las relaciones y muy, muy identificada. Las emociones que ahí se ponen en juego no son las de fornicar y matar sino la de mantenerse continuamente *en relación* -atenta, difusa, preocupada y táctil- con su hijo.

P: ¿Así pues, Mister Sensible es un rol de género que nada tiene que ver con los roles de sexo?

KW: En cierto modo, así es. Esto no significa que los hombres no puedan, o no deban, transformarse en seres más sensibles, algo que, hoy en día, ha terminado convirtiéndose en un imperativo. Pero, para ello, los hombres deben ser *educados*; ése es un rol que tienen que aprender. Y existen muchas razones por las que este rol debe ser aprendido y deberíamos permitirles cometer algún error mientras buscan a tientas su nuevo y extraño lugar.

Y lo mismo podríamos decir con respecto a las mujeres porque una parte de las exigencias a las que debe enfrentarse la mujer en el mundo actual es la de dejar de definirse en función de las relaciones que mantiene y luchar por su autonomía. Ésta, obviamente, es el objetivo fundamental de la gran reivindicación llevada a cabo por el feminismo, que las mujeres comiencen a definirse en función de su autonomía y de sus propios valores intrínsecos y no tan sólo en función de las relaciones que mantiene con algún Otro. Esto no significa, por otra parte, menospreciar el valor de las relaciones, sino simplemente afirmar, que la mujer debe encontrar el camino para respetar su propio yo maduro sin renunciar a sí misma y sacrificarse en aras de Otro.

P. ¿Así pues, tanto los hombres como las mujeres están luchando para liberarse de su determinismo biológico?

KW: De algún modo así es. Pero así funciona la evolución, yendo más allá de donde se encontraba anteriormente. La evolución siempre pugna por establecer nuevos límites y, una vez establecidos, lucha de nuevo tan duramente como pueda por romperlos, por trascenderlos, por ir más allá de ellos y aproximarse a modalidades más globales, integradoras y holísticas. Y aunque los roles sexuales del varón y de la hembra fueron una vez completamente necesarios y adecuados, hoy en día, sin embargo, se han convertido en algo obsoleto, restringido y limitado. Así pues, tanto los hombres como las mujeres están tratando de encontrar formas de trascender sus antiguos roles sin -y ésta es la cuestión más difícil- tratar de erradicarlos. La evolución siempre *trasciende e incluye*, integra y va más allá.

Por ese motivo los hombres siempre tendrán un fundamento de impulsividad testosterónica -como ya hemos dicho, fornicar o matar-, pero esos impulsos pueden ser asumidos y transformados en modalidades más avanzadas de conducta. En cierta medida, los hombres siempre tenderán a rebasar los límites, a romper el envoltorio, a ir más allá y, en ese mismo proceso, en ocasiones insensato y salvaje, llegar a nuevos descubrimientos, a nuevas invenciones y a nuevas modalidades de ser.,

Las mujeres, por su parte, como insisten las feministas radicales, siempre tendrán un fundamento relacional esencialmente oxicínico pero, sobre ese fundamento, pueden consolidar su autoestima y su autonomía, valorando al yo maduro sin tener, por ello, que renunciar a las relaciones.

Así son, pues, las cosas tanto para los hombres como para las mujeres, trascender e incluir, trascender e incluir. Y hoy en día hemos llegado a un punto crítico de la evolución, un punto en el que los roles sexuales primarios -hiperautonomía para los hombres e hiperrelación para las mujeres- están siendo, en cierto modo, trascendidos; un punto en el que los hombres deben aprender a aceptar su ser relacional y las mujeres deben aprender a aceptar su autonomía. Y, a lo largo de este proceso, ambos parecen asumir características monstruosas ante los ojos del otro. Éste es el motivo, en mi opinión, por el que el respeto mutuo resulta tan importante.

P: Ahora bien, usted dice que nuestra sociedad ha sido una sociedad orientada hacia el varón y que parece haberse puesto en marcha un proceso de equilibrio.

KW: Esto es lo que generalmente se conoce como «patriarcado», un término que suele pronunciarse con desprecio y desagrado. La solución evidente e ingenua es afirmar que los hombres *impusieron* el patriarcado a las mujeres -un despreciable y brutal estado de cosas que perfectamente podían haber sido de otro modo- y que, en consecuencia, los hombres deberían ahora pedir perdón y decir algo así como: «Lo sentimos. No queríamos someteros ni esclavizaros durante cinco mil años. ¿En qué *estaríamos* pensando? ¿Podemos comenzar de nuevo?».

Pero he aquí que las cosas no son tan sencillas. Es incuestionable que existieron determinadas circunstancias que hicieron del «patriarcado» un *statu quo* inevitable durante un largo período del desarrollo humano, pero en la actualidad hemos arribado a un punto en el que esa situación ha dejado ya de ser necesaria. Ahora estamos realmente en condiciones de emprender la «deconstrucción» del patriarcado y de establecer un equilibrio más

equitativo entre las esferas de los valores masculinos y femeninos. Pero esto no supone el colapso de un *statu quo* brutal que bien pudiera haber sido de otro modo, sino que constituye el simple proceso evolutivo de una situación que ya ha dejado de ser necesaria.

P: Lo cual, obviamente, es una forma muy distinta de ver las cosas.

KW: Cierto. Si tenemos en cuenta la perspectiva normal a este respecto -que un puñado de hombres sádicos y hambrientos de poder impusieron violentamente el patriarcado a las mujeres- arribaremos inevitablemente a la conclusión de que los hombres son unos cerdos y las mujeres unas borregas. Si creemos que los hombres decidieron oprimir intencionalmente a la mitad de la raza humana estaremos configurando una imagen completamente lamentable del hombre. De hecho, con o sin testosterona, los hombres no son tan malvados como pretende esa perspectiva.

Pero lo que resulta especialmente increíble de esta explicación del patriarcado es que nos ofrece una imagen extraordinariamente *aduladora* del hombre. Desde este punto de vista, los hombres -que, según las feministas son tan hiperindependientes que no pueden ponerse de acuerdo sobre nada- se las arreglaron para unirse y someter a la mitad de la raza humana y -más asombroso todavía- que *lograron* llevar a cabo esa pretensión en todas las culturas conocidas. Como hombre, esta visión de nuestra capacidades resulta, en cierto modo, halagadora, es la cosa más agradable que las feministas ha dicho sobre los hombres en mucho tiempo. Pero el hecho es que los hombres nunca han sido capaces de crear un sistema de gobierno que perdurase más que unos pocos cientos de años por más que, según las feministas más acérrimas, los hombres perpetuaran este sometimiento masivo durante cinco mil -e incluso hay quienes llegan a decir cien mil - años.

Pero lo verdaderamente espantoso de esta «teoría de la imposición» -que afirma que los hombres oprimieron a las mujeres desde el primer día- es que nos brinda una imagen igualmente

deprimente de las mujeres. Nadie, en realidad, puede ser tan fuerte ni tan inteligente ni tampoco nadie puede ser tan *oprimido*. Esta imagen retrata a las mujeres como borregos, tanto más débiles y/o estúpidas que los hombres. En lugar de ver que, en cada uno de los estadios evolutivos, los hombres y las mujeres *co-crearon* las formas sociales de su interacción, esta perspectiva define a las mujeres primariamente moldeadas por un Otro, con lo cual las feministas están asumiendo y reforzando precisamente la misma imagen de la mujer que pretenden erradicar. Lo cierto, sin embargo, es que ni los hombres son tan cerdos ni las mujeres tan borregas.

Así pues, una de las cosas que intento hacer en este libro es rastrear -basándome en los estudios más recientes realizados por las investigadoras feministas - el poder oculto que han tenido las mujeres y la forma en que han influido en la co-creación de las diversas estructuras culturales de toda nuestra historia, incluyendo también, claro está, al llamado patriarcado. Esta visión, entre otras cosas, libera a los hombres de ser definidos como verdaderos cerdos y también libera a las mujeres de ser definidas como una estúpida manada de animales descerebrados.

P: En el libro usted también rastrea los cinco o seis estadios principales de la evolución humana y examina el estatus de los hombres y de las mujeres en cada uno de esos estadios.

KW: Sí. Una de las cosas que quiero hacer, cuando consideremos los diversos estadios de la evolución de la conciencia humana, es examinar el *estatus* de los hombres y de las mujeres *en cada uno de esos estadios*. Y creo que eso nos permitirá llegar a ciertas conclusiones evidentes.

P: ¿Qué es lo que implica, en términos generales, este enfoque?

KW: *Primero* tenemos que determinar cuáles son las constantes biológicas que se mantienen inalterables interculturalmente. Estas constantes biológicas son muy sencillas y, en ocasiones, hasta triviales (como, por ejemplo, que los hombres tienen una mayor fortaleza física y una mayor movilidad y que las mujeres dan a luz y amamantan). Pero estas diferencias meramente bioló-

gicas llegan a tener una extraordinaria influencia en las diferencias culturales de género que aparecen a su alrededor.

P: ¿Por ejemplo?

KW: Por ejemplo ¿qué es lo que supone el que los medios de subsistencia de una cultura concreta dependan del caballo y la ganadería? Como señala Janet Chafetz, las mujeres que participan en estas actividades tienen una tasa muy elevada de abortos y es por ello que el hecho de no participar en la esfera productiva -que, en consecuencia, es llevada a cabo exclusivamente por hombres- constituye una auténtica *ventaja* darwiniana. De hecho, el 90% de las sociedades ganaderas son «patriarcales». Pero no es necesario recurrir a la *opresión* para explicar esta orientación patriarcal porque la evidencia misma sugiere que las mujeres participaron libremente de esta situación.

Sí, por otra parte, caemos en la actitud ingenua y reactiva de creer que las mujeres de estas sociedades no estaban haciendo exactamente lo que las feministas modernas piensan que deberían haber estado haciendo, terminaremos arribando a la conclusión de que los hombres son unos cerdos y las mujeres unas borregas, una conclusión sumamente degradante para ambos sexos.

Nadie está negando que esa situación fuera difícil o incluso espantosa, lo único que estamos afirmando es que la polarización de los sexos genera mucho sufrimiento. La evidencia sugiere, de hecho, que las sociedades «patriarcales» eran mucho más duras para el hombre promedio que para la mujer promedio por razones que luego, si usted quiere, podemos pasar a discutir. Pero la ideología y la victimización no nos ayudará mucho a este respecto porque trocar el poder femenino por la victimización femenina constituye una empresa contraproducente que no hace más que reforzar lo que es necesario superar.

P: Usted dice que hay que hacer dos cosas y que la primera de ellas es darnos cuenta de las diferencias *biológicas* universales existentes entre ambos sexos.

KW: Así es. Y la segunda consiste en estudiar las distintas formas en que estas diferencias *biológicas* constantes se han ido de-

sarrollando a lo largo de los cinco o seis estadios de la evolución *cultural* del ser humano. El hecho es que, con esta aproximación, podremos llegar a aislar aquellos factores que históricamente han conducido a sociedades más «igualitarias», es decir, a sociedades que han concedido un estatus similar a las esferas de los valores masculinos y femeninos. No estamos hablando de condiciones que hayan igualado a los hombres y a las mujeres -porque tal cosa *nunca* ha ocurrido-, sino que simplemente los han equilibrado. Así pues, si queremos alcanzar una actitud más armónica tendremos que hacernos una idea mucho más clara de las necesidades que deben ser cambiadas y de aquellas otras que no.

Tal vez de este modo podamos aprender a valorar las diferencias existentes entre las esferas de los valores masculinos y femeninos, diferencias que, en opinión incluso de las feministas radicales, parecen tener algún sentido y deberemos aprender a valorar por igual. *Cómo* hacerlo es uno de los temas de los que tendremos que hablar.

El alcance de estas discusiones

P: Los distintos estadios del desarrollo humano forman parte de un proyecto mayor de estudio de la evolución en general, algo que usted ha hecho, por ejemplo, en *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Ahora quisiera que revisáramos brevemente algunos de los puntos principales del proceso evolutivo y tratásemos de formularlos del modo más accesible posible.

KW: Podemos comenzar con el hecho más que sorprendente de que existe un hilo conductor evolutivo común que conecta la materia, la vida y la mente. Estoy hablando de la existencia de ciertas *pautas comunes*, de ciertas leyes o hábitos que se repiten en todos esos dominios, de ciertos patrones comunes que pueden servirnos para comenzar nuestra investigación.

P: Usted también ha investigado los estadios superiores de la evolución de la conciencia, estadios a los que podríamos denominar espirituales.

KW: Así es, y entiendo que usted está hablando ahora de tópicos sugeridos por Schelling, Hegel, Aurobindo y muchos otros teóricos de la evolución, tanto orientales como occidentales. El hecho es que, desde una perspectiva no dual, la evolución se considera *el Espíritu-en-la-acción*, Dios-en-la-creación, un proceso en el que el Espíritu va desplegándose, manifestándose y actualizándose cada vez más en la medida en que va atravesando los distintos estadios del proceso de desarrollo. El Espíritu no es un estadio particular ni una ideología concreta ni tampoco un dios o una diosa preferidos sino la totalidad del proceso de desarrollo, un proceso infinito que, aunque se halla completamente presente en cada uno de los estadios finitos, deviene cada vez más accesible en cada nueva apertura evolutiva.

Así pues, podemos considerar -al igual que lo hacen las grandes tradiciones de sabiduría del mundo entero- a los estadios superiores de este desarrollo evolutivo como los estadios superiores o más profundos en los que el Espíritu deviene consciente de sí mismo, despierta a sí mismo y comienza a tomar conciencia de su auténtica naturaleza.

Suele hablarse de estos estadios superiores del desarrollo como estadios místicos o «avanzados» pero, en realidad, se trata de estadios muy concretos, muy tangibles, muy reales, estadios asequibles para usted y para mí, estadios que constituyen nuestros potenciales más profundos. Y la observación cuidadosa de estos estadios a la luz de la evolución nos ayuda a comprender lo que ellos están desplegando y nos ayuda también a sustentar sus afirmaciones y a darles un sentido muy concreto.

Y estos estadios superiores -que, en el pasado, han sido alcanzados por algunos individuos, los más extraños, los más avanzados, los más dotados, la vanguardia de su tiempo- pueden proporcionarnos ciertas pistas sobre lo que la evolución colectiva nos depara a cada uno de nosotros el día de mañana.

P: Usted ha descubierto que las grandes tradiciones espirituales del mundo caen en dos campos muy amplios y diferentes.

KW: Así es. Si prestamos atención a los diferentes intentos

realizados por el ser humano para comprender lo divino -intentos llevados a cabo tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur-, llegaremos a darnos cuenta de la existencia de dos tipos diferentes de espiritualidad a las que denominamos espiritualidad *Ascendente* y espiritualidad *Descendente*.

El camino ascendente es un camino puramente trascendental y ultramundano. Se trata de un camino puritano, ascético y yóguico, un camino que suele despreciar -e incluso negar- el cuerpo, los sentidos, la sexualidad, la Tierra y la carne. Este camino busca la salvación en un reino que no es de este mundo, considera que el mundo manifiesto, el *samsara*, es algo malo o ilusorio, y su única aspiración consiste en escapar por completo de la rueda. De hecho, quienes sostienen este enfoque -los ascendentes- suelen considerar a quienes sostienen la visión opuesta -los descendentes- como si estuvieran engañados o incluso como si fueran malvados. El camino ascendente glorifica la unidad no la multiplicidad, la vacuidad no la forma, los cielos no la Tierra.

El camino descendente, por su parte, afirma exactamente lo contrario. Éste es un camino esencialmente intramundano, un camino que no glorifica la unidad sino la multiplicidad. El camino descendente enaltece la Tierra, el cuerpo, los sentidos e incluso la sexualidad, un camino que llega incluso a identificar al Espíritu con el mundo sensorial, con Gaia, con el mundo de lo manifiesto y que ve en la salida del sol y de la luna todo el Espíritu que una persona puede llegar a desear. Se trata de un camino puramente inmanente que rechaza toda trascendencia. Para los descendentes, de hecho, toda forma de ascenso constituye la encarnación del mal.

P: Una de las cosas que queremos discutir es la historia de la «guerra» entre los ascendentes y los descendentes, dos bandos enfrentados que aparecen a los ojos del adversario como el mismísimo diablo.

KW: Sí. Entre ellos existe una guerra declarada desde hace casi dos mil años, una guerra en ocasiones cruel y encarnizada.

Desde la época que va de san Agustín a Copérnico, Occidente se movió siguiendo un ideal puramente ascendente, un ideal esencialmente ultramundano, un ideal según el cual la salvación y la liberación final no pueden ser halladas en este mundo, en esta Tierra, en esta vida. Tal vez nuestra vida concreta puede estar bien pero, desde ese punto de vista, las cosas realmente importantes sólo ocurren después de la muerte, en el dominio de lo ultramundano.

Con el advenimiento de la modernidad y de la postmodernidad, en cambio, asistimos a una profunda subversión de este punto de vista, una transformación en la que los ascendentes desaparecen de escena y dejan su lugar a los descendentes.

P: Lo que usted denomina «el imperio de los Descendentes» es otro de los tópicos fundamentales a los que deberemos prestar atención. Según usted, el mundo moderno y el mundo postmoderno se hallan casi completamente atrapados en una concepción y una visión del mundo meramente descendente, lo que usted denomina el «mundo chato».

KW: Así es, un «mundo chato», la idea de que el único mundo que existe es el mundo sensorial, empírico y material, un mundo en el que no existen dimensiones superiores ni dimensiones más profundas, ni tampoco, por cierto, estadios superiores de evolución de la conciencia. Desde este punto de vista, lo único realmente existente es lo que podemos percibir con nuestros sentidos o asir con nuestras manos, un mundo completamente despojado de cualquier tipo de energía ascendente, un mundo ajeno a toda trascendencia. Y, de hecho, los descendentes consideran que cualquier tipo de ascenso o de trascendencia es, en el mejor de los casos, un error, y un mal en el peor de ellos.

Bienvenido, pues, al mundo chato, bienvenido al mundo exclusivamente descendente. Los modernos y los postmodernos vivimos sumidos en un mundo puramente descendente, el mundo chato y desvaído de las formas sensoriales ininterrumpidas, el mundo anodino de las superficies monótonas y carentes de valor. El dios, o la diosa, del capitalismo, del marxismo, del industria-

lismo, de la ecología profunda, del consumismo o del ecofeminismo es el dios de lo que puede verse con los ojos, percibirse con los sentidos, registrarse con los sentimientos o venerarse con las sensaciones, un dios al que puede hincarse el diente y que se agota en las formas.

Nos consideremos espirituales o no, todos los habitantes de este mundo chato adoramos a un dios puramente descendente, a la diosa de los sentidos, al mundo de las sensaciones, al mundo monocromo de la localización simple, al mundo que puede tocarse con los dedos. Nada hay más elevado ni más profundo para nosotros que el dios que cabe dentro de nuestro campo uisaal-

El cómo y el porqué de todo esto es algo que todavía deberemos discutir.

P: Usted afirma que las grandes tradiciones no duales orientales y occidentales siempre han tratado de integrar los caminos ascendente y descendente.

KW: Sí, siempre han intentado equilibrar la trascendencia con la inmanencia, la unidad con la multiplicidad, la vacuidad con la forma, el *nirvana* con el *samsara*, el cielo con la Tierra.

P: ¿La «no dualidad» se refiere a la integración entre el camino ascendente y el camino descendente?

KW: Fundamentalmente así es.

P: Ése es otro punto que también queremos discutir, las corrientes de la espiritualidad ascendente y de la espiritualidad descendente y la forma de integrarlas.

KW: Esto es muy importante porque tanto los exclusivamente ascendentes como los exclusivamente descendentes, al despedazar al Kosmos en sus fragmentos favoritos, no hacen más que fomentar la violencia de esta confrontación tratando de convertir y someter al otro bando, hurgando en sus heridas y contagiándose así su enfermedad.

Pero no es en la confrontación mutua entre las dos corrientes donde hallaremos la armonía sino tan sólo en la integración entre ellas. Los ascendentes y los descendentes sólo podrán salvarse, por así decirlo, uniéndose. Y quienes no contribuyan a esta inte-

gración no sólo destruirán la única Tierra de la que disponemos sino que también dificultarán el acceso al único Cielo que, de otro modo, podríamos alcanzar.

PRIMERA PARTE:

EL-ESPÍRITU-EN-ACCIÓN

1. LA PAUTA QUE CONECTA

P: Comenzaremos, pues, nuestra historia con el mismo **Big Bang** y, a partir de ahí, trataremos de rastrear el camino recorrido por la evolución desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente. Luego, con la emergencia de la mente, de la conciencia humana, prestaremos atención a los cinco o seis grandes estadios por los que ha atravesado la evolución de la humanidad. Y todo esto lo ubicaremos en el contexto de la espiritualidad, del significado de la espiritualidad, de las diversas formas que ha ido asumiendo ésta a lo largo de la historia y de las diversas formas que pueda asumir en el futuro. ¿No es así?

KW: Así es. Se trata de una especie de breve historia de todo. Y, aunque parezca algo muy pretencioso, este intento se apoya en lo que yo llamo «generalizaciones orientadoras», lo cual simplifica extraordinariamente las cosas.

P: ¿Qué es exactamente una generalización orientadora?

KW: Una generalización orientadora es una verdad amplia y general procedente de los diferentes campos del conocimiento humano -la física, la biología, la psicología, la sociología, la teología y la religión- sobre las que existe muy poco desacuerdo.

En la esfera del desarrollo moral, por ejemplo, nadie coincide plenamente con todos los pormenores de los estadios del desarrollo moral descritos por Lawrence Kohlberg ni tampoco existe un acuerdo generalizado sobre los detalles concretos de la reconceptualización de ese mismo esquema realizada por Carol Gilligan.

Pero en lo que sí existe un acuerdo amplio y general es en que el desarrollo moral atraviesa no menos de *tres grandes estadios*.

En el momento del nacimiento, el ser humano no está todavía socializado en ningún tipo de sistema moral (y, en este sentido, es «preconvencional»). Más tarde asimila un esquema moral general que representa los valores fundamentales de la sociedad en la que se halla inmerso (y deviene «convencional»). Y, en un momento posterior del desarrollo, el individuo puede comenzar a reflexionar sobre su propia sociedad y distanciarse críticamente de ella para alcanzar una cierta capacidad de transformarla (momento en el cual alcanza un estadio «postconvencional»).

Así pues, aunque los detalles reales y el significado concreto de esa secuencia evolutiva se hallen todavía sujetos a debate, todo el mundo coincide en la existencia universal, hablando en sentido amplio, de esos tres grandes estadios. Éstas son *generalizaciones orientadoras* que nos muestran, con un elevado grado de acuerdo, que los bosques importantes han sido ya localizados, aunque todavía no terminemos de estar de acuerdo en el número concreto de árboles que contienen.

El hecho es que, si tenemos en cuenta las generalizaciones orientadoras que nos proporcionan las diferentes ramas del conocimiento -desde la física y la biología hasta la psicología y la teología- sobre las que existe un amplio grado de acuerdo, podremos arribar a algunas conclusiones sorprendentes y, con frecuencia, profundas, que -por más extraordinario que puedan parecernos- no encarnan más que nuestro acuerdo-general-sobre-el-conocimiento. Es como si las perlas del conocimiento ya hubieran sido encontradas y sólo_ nos faltara enhebrarlas para componer el collar.

P: ¿Así que a lo largo de nuestra discusión iremos construyendo una especie de collar?

KW: Efectivamente. De este modo, las amplias generalizaciones orientadoras nos permitirán ir esbozando un amplio mapa orientador del lugar que ocupan los hombres y las mujeres en el universo, la vida y el Espíritu. Podemos rellenar como queramos

los detalles concretos de este mapa, pero sus rasgos generales estarán firmemente asentados en las generalizaciones orientadoras, simples pero estables, que nos proporcionan las diversas ramas del conocimiento humano.

El Kosmos

P: Vamos a examinar el curso del desarrollo evolutivo a través de los diversos dominios, desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente, tres grandes dominios a los que usted denomina materia (o cosmos), vida (o biosfera) y mente (o noosfera) y a_ los que, en conjunto, se refiere con el término «Kosmos».

KW: Sí. Fueron los pitagóricos quienes acuñaron el término «Kosmos», un término que nosotros solemos traducir como cosmos. Pero su significado original no era el que le damos hoy en día cuando hablamos del «cosmos» o del «universo» como universo exclusivamente *físico*, sino a la naturaleza y al proceso pautado de todos los dominios de la existencia, desde la materia hasta la mente y, desde ésta, hasta Dios.

Por ese motivo quisiera rescatar el término Kosmos. Y, como usted acaba de señalar, el Kosmos incluye el cosmos (o fisiosfera), la bios (la biosfera), la psique o nous (la noosfera) y la theos (la teosfera o el dominio divino).

Podemos darle muchas vueltas al punto exacto en el que la materia se convierte en vida -o el cosmos se convierte en bios-, pero, como señala Francisco Varela, la autopoyesis (la capacidad de autorreplicación) no tiene lugar en el cosmos sino en bios, en los sistemas vivos. Se trata de un *emergente* fundamental y profundo -algo asombrosamente nuevo-, y trataremos de rastrear diversas transformaciones o emergentes profundos de este tipo en el curso de la evolución del Kosmos.

P: Así que nuestra discusión no estará tan centrada en el cosmos como en el Kosmos.

KW: Exactamente. La mayor parte de las cosmologías están

contaminadas por el sesgo materialista que las lleva a presuponer que el cosmos físico es la dimensión más real y que todo lo demás debe ser explicado con referencia al plano material. Pero ése es un enfoque brutal que arroja a la totalidad del Kosmos contra el muro del reduccionismo hasta que todos los dominios de la existencia -excepto el físico- terminan desangrándose lentamente hasta morir ante nuestros ojos. ¿Es ésta una forma adecuada de tratar al Kosmos?

No, en mi opinión, nosotros no tenemos que hacer cosmología sino Kosmología.

Los veinte principios: La pauta que conecta

P: Podemos comenzar esta Kosmología revisando las características de la evolución en los diversos reinos, una revisión de la que usted ha extraído *veinte principios* fundamentales que parecen comunes a toda forma de evolución, desde la materia hasta la vida y la mente.

KW: Correcto.

P: ¿Podemos ver algunos ejemplos de estos veinte principios para ilustrar de qué estamos hablando? El principio número 1 dice que la realidad está compuesta de totalidades/partes, u «holones». ¿La realidad está compuesta de «holones»?

KW: No creo que esto resulte muy extraño ni muy confuso. Arthur Koestler acuñó el término «holón» para referirse a una entidad que es, al mismo tiempo, un *totalidad* y una *parte* de otra totalidad. Y si usted observa atentamente las cosas y los procesos existentes no tardará en advertir que no son sólo totalidades sino que también forman parte de alguna otra totalidad. Se trata, pues, de totalidades/partes, de holones.

Así por ejemplo, un átomo forma parte de una molécula, una molécula forma parte de una célula, una célula forma parte de un organismo, etcétera. Cada una de estas entidades no es, pues, una parte ni una totalidad sino una totalidad/parte, un holón.

El hecho es que no existe nada que no sea, de un modo u otro, un holón. Desde hace unos dos mil años hay abierto un debate filosófico entre los atomistas y los holistas sobre cuál es la realidad última, si la totalidad o la parte. Mi respuesta, obviamente, es contundente: la realidad última no es ni totalidad ni parte o, si lo prefiere, es ambas a la vez. Mire hacia donde mire, todo el camino hacia arriba o todo el camino hacia abajo, no verá más que totalidades/partes en todas direcciones.

Hay un antiguo relato sobre este punto que habla de un rey que se dirigió a un sabio para preguntarle por qué la Tierra no se caía en el espacio. El sabio le respondió que «la Tierra estaba apoyada sobre un león». Entonces el rey preguntó nuevamente: «¿Y sobre qué se apoya el león?». «Sobre un elefante», contestó el sabio. «¿Y el elefante?», continuó inquiriendo el rey, «sobre qué descansa?». «El elefante descansa sobre una tortuga», fue la respuesta del sabio. «Y sobre qué se apoya...», iba a insistir nuevamente el rey, cuando el sabio le atajó diciéndole: «Sobre otra tortuga, Su Majestad, a partir de ahora una tortuga se apoya sobre otra».

Tortugas todo el camino hacia abajo y holones todo el camino hacia abajo. No importa cuán abajo descendamos porque siempre terminaremos descubriendo holones que descansan sobre holones que, a su vez, descansan sobre otros holones. Hasta las mismas partículas subatómicas se desvanecen en una nube virtual de burbujas dentro de burbujas, de holones dentro de holones, en una *infinidad* de ondas de probabilidad. Holones todo el camino de descenso.

P: Y también, como usted dice, holones todo el camino de ascenso, sin arribar nunca a una Totalidad última.

KW: Así es. No existe ninguna totalidad que no sea, al mismo tiempo, *parte* de otra totalidad. Y así ocurre de manera indefinida e interminable. El tiempo discurre y las totalidades de hoy serán las partes del mañana...

Aun la misma «totalidad» del Kosmos no es más que una *parte* de la totalidad del momento siguiente, y así *indefinidamente*.

En ningún momento arribamos *a la* totalidad, porque tal cosa no existe, porque sólo existen, y por siempre, totalidades/parte.

Así pues, el primer principio afirma que la realidad no está compuesta de cosas ni de procesos, de totalidades ni de partes, sino de totalidades/partes, de holones, todo el camino ascendente, y todo el camino descendente.

P: Así que la realidad no está compuesta de partículas subatómicas.

KW: Por supuesto que no. Asumir tal cosa constituiría una aproximación profundamente reduccionista que privilegiaría al universo material y físico y, entonces, cualquier otra cosa -desde la vida hasta la mente y, desde ésta, hasta el Espíritu- debería *derivarse* de las partículas subatómicas. Y no *es* así como funcionan las cosas.

Pero advirtamos que una partícula subatómica es, en sí misma, un holón. Y lo mismo ocurre con una célula, con un símbolo, con una imagen o con un concepto. Todas esas entidades son, antes que nada, holones. Así que el mundo no está compuesto de átomos, de símbolos, de células ni de conceptos, el mundo está compuesto de holones.

Y, puesto que el Kosmos está compuesto de holones, descubrir *lo que todos los holones tienen en común* puede permitirnos comenzar a vislumbrar lo que tiene en común la evolución en todos los dominios. Holones en la fisiosfera, holones en la biosfera, holones en la psicofera, holones en la teosfera, cómo se despliegan y qué pautas comunes presentan todos ellos.

P: Lo que todos los holones tienen en común. ¿Es así como ha llegado a formular los veinte principios?

KW: En efecto.

Individualidad y Comunión

P: De modo que el principio 1 afirma que el Kosmos está compuesto de holones. El principio 2 afirma que todos los holones comparten ciertas características.

KW: Muy bien. El hecho de que cada holón sea una totalidad/parte implica dos «tendencias» -o dos «impulsos», podríamos decir-: la tendencia a conservar su *totalidad* y la tendencia a conservar su *parcialidad*.

En primer lugar, los holones tienen que conservar su propia totalidad, su propia identidad, su propia autonomía, su propia *actividad* y, si fracasa en el intento de mantener o conservar su propia actividad o su propia identidad, simplemente deja de existir. Así pues, una de las características de los holones, sea cual fuere el dominio que estemos considerando, es la *individualidad*, la capacidad para conservar su propia integridad frente a las presiones externas que, de otro modo, podrían llegar a eliminarlo. Esto es algo cierto tanto para *los* átomos como para las células, los organismos o las ideas.

Pero un holón no es sólo una totalidad que deba conservar su individualidad, sino que además también es una parte de algún otro sistema, de alguna otra totalidad. Y es por ello que, además de tener que conservar su propia autonomía como *totalidad*, también debe adaptarse simultáneamente como *parte* de alguna otra totalidad. Su propia existencia depende de su capacidad de adaptación al ambiente, algo tan cierto para los átomos como para las moléculas, los animales o los seres humanos.

Así pues, los holones no sólo tienen su propia *individualidad* como totalidad sino que también deben adaptarse en *su comunión* como parte de otra totalidad. Y si fracasan en alguna de estas dos funciones, simplemente desaparecen y dejan de existir.

Trascendencia y disolución

P: Esto es precisamente lo que afirma el segundo principio, cada holón posee individualidad y comunión, capacidades a las cuales usted denomina «horizontales». ¿Qué ocurre con las capacidades «verticales»? ¿Qué ocurre con la «autotrascendencia» y con la «autodisolución»?

KW: Si un holón fracasa en el intento de conservar su integridad y las relaciones que mantiene con otras individualidades, termina destruyéndose y, cuando tal cosa ocurre, el holón termina disgregándose en los subholones que lo componen: las células se descomponen en moléculas que, a su vez, se descomponen en átomos que, bajo la presión adecuada, pueden seguir «disolviéndose» indefinidamente. Pero lo verdaderamente fascinante es que cuando los holones se descomponen lo hacen en un sentido inverso al que fueron construidos. Y esta descomposición es «autodisolución» o disgregación en los subholones que los componen, los cuales, a su vez, pueden seguir descomponiéndose en sus propios subholones, etcétera.

Pero sigamos considerando, por el momento, el extraordinario proceso de construcción, el proceso de emergencia de nuevos holones, el hecho, por ejemplo, de que las moléculas inertes se agrupen para configurar células vivas.

Hoy en día nadie cree ya en la resbaladiza explicación neodarwiniana estándar de la *selección natural*. Evidentemente, la selección natural darwiniana constituye uno de los mecanismos a través de los cuales opera la evolución, pero esta selección sólo tiene lugar entre aquellas transformaciones que *ya* han ocurrido merced a mecanismos que absolutamente nadie comprende.

P: Póngame un ejemplo.

KW: Tomemos, por ejemplo, la noción de que las alas no son más que una mutación evolutiva de las patas delanteras. La producción de un ala plenamente funcional -porque media ala carecería de todo valor funcional- a partir de una pata exige la presencia de un centenar de mutaciones previas. Media ala no es mejor que una pierna ni tampoco es mejor que un ala completa puesto que con ella no se puede correr ni se puede volar. Una media ala carece, por tanto, de todo valor adaptativo. En otras palabras, con media ala uno se convierte simplemente en alimento. Pero las alas sólo funcionarán si esas mutaciones intermedias *tuvieran lugar al mismo tiempo* en un animal y en otro

animal del sexo opuesto para que luego puedan encontrarse, comer algo, aparearse y tener descendencia con alas realmente funcionales.

Esto es algo tan absurdo, tan infinita, absoluta y completamente disparatado que el concepto de mutación azarosa no puede llegar a explicarlo. La inmensa mayoría de las mutaciones son letales ¿cómo podemos, pues, pensar en cientos de mutaciones no letales -o, aunque sólo se tratase de cuatro o cinco, que para el caso da lo mismo- aconteciendo simultáneamente? Es cierto que, una vez que ha tenido lugar esta extraordinaria transformación, la selección natural se encarga de seleccionar las mejores alas de las alas menos operativas. Pero ¿qué ocurre con las mismas alas? Ésta es, ciertamente, una pregunta para la que nadie tiene, hasta el momento, una respuesta satisfactoria.

Por el momento, todo el mundo está de acuerdo en hablar de «evolución cuántica», de «evolución puntuada», de «evolución emergente» -de holones sumamente complejos y de emergentes radicalmente nuevos que llegan a la existencia en un extraordinario salto cuántico- sin la menor presencia *-cualquiera que ésta sea-* de formas intermedias. Son miles de mutaciones no letales simultáneas las que han tenido que ocurrir al mismo tiempo para que las alas o los globos oculares, pongamos por caso, hayan podido sobrevivir.

No obstante, nosotros hemos decidido que estas extraordinarias transformaciones ocurren (porque es innegable que lo hacen). Es por ello que muchos teóricos, como Erich Jantsch, por ejemplo, califican a la evolución como «autorrealización a través de la autotranscendencia». La evolución forma parte de un insólito proceso de *autotranscendencia*, un proceso que tiene la asombrosa capacidad de ir más allá de donde anteriormente se encontraba. La evolución constituye un proceso trascendente que incorpora lo que era anteriormente y le agrega componentes insólitamente nuevos. Es así como el impulso a la autotranscendencia se halla inmerso en el mismo entramado del Kosmos.

Los cuatro impulsos de todos los holones

P: Y éste es el cuarto «impulso» del que participan todos los holones. Así que, en cada uno de los niveles, la individualidad y la comunión operan, por así decirlo, «horizontalmente», mientras que «verticalmente» también existe el impulso a ascender a un nivel superior (autotrascendencia) y el impulso a descender a un nivel inferior (autodisolución).

KW: Efectivamente. Todos los holones son totalidades/partes y, en consecuencia, su existencia se halla sujeta a varios «impulsos», el impulso a seguir siendo una totalidad (actividad), el impulso a seguir siendo una parte (comunión), el impulso a ascender (trascendencia) y el impulso a descender (disolución). Esto es precisamente lo que afirma el principio número 2, que todos los holones se hallan sujetos a estos cuatro impulsos.

Éste es un ejemplo del funcionamiento de los veinte principios. El resto de los principios considera lo que ocurre cuando estas fuerzas interactúan entre sí. El impulso autotrascendente produce vida de la materia y mente de la vida. Y los veinte principios simplemente se ocupan de rastrear las pautas comunes que podemos encontrar en la evolución de los holones (sean materiales, vitales, mentales y hasta tal vez sean incluso aplicables a los estadios espirituales).

P: De modo que en la evolución existe algún tipo de unidad...

KW: Sí, ése es precisamente el asunto. El proceso *continuo* de autotrascendencia opera a través de *discontinuidades*, saltos y mutaciones creativas. Así pues, una de las pautas comunes que asume la evolución en todos esos dominios es la presencia de discontinuidades en el proceso evolutivo que impiden que la mente sea reducida a la vida y que la vida sea reducida a la materia. En ese sentido, el proceso de desarrollo mantiene unificado al Kosmos, convirtiéndolo en un unj-verso, en una sola canción.

La emergencia creativa

P: Una canción que usted titula Espíritu-en-acción o Dios-en-la-creación. Más tarde me gustaría volver sobre este punto pero, por el momento, prosigamos. El principio número 3 afirma que los holones emergen.

KW: Sí. Como decíamos anteriormente, la evolución es, en parte, un proceso de autotrascendencia que siempre va más allá de donde se encontraba anteriormente. Y, en este innovador proceso, en este proceso emergente, en este proceso creativo, aparecen nuevas entidades, se despliegan nuevas pautas y brotan nuevos holones. Ese extraordinario proceso unifica lo fragmentado y globaliza los meros agregados. El Kosmos, dicho de otro modo, parece desplegarse en saltos cuánticos de emergencia creativa.

P: Y ése es el motivo por el cual un determinado nivel no puede ser reducido a sus componentes inferiores, a los subholones que lo componen.

KW: Sí. Lo que quiero decir es que usted puede analizar la totalidad en sus partes constitutivas y que ése sería un quehacer perfectamente válido. Pero debe saber que, en tal caso, lo que tendrá serán partes, no la totalidad. Usted puede desmontar un reloj y analizar todas sus partes pero de ese modo jamás llegará a saber la hora que es. Y lo mismo ocurre con los holones porque la totalidad de un holón no se halla en ninguna de sus partes. Si tenemos en cuenta este punto acabaremos con el furor reduccionista que ha contaminado a la ciencia occidental desde sus mismos orígenes. Gracias a las ciencias sistémicas la mente científica está comenzando a comprender que vivimos en un universo de emergencia creativa.

P: Aunque todavía existan muchos reduccionistas, el peso del reduccionismo, no obstante, parece haber menguado. Apenas si es necesario explicar ya por qué el reduccionismo es «malo» en y por sí mismo. Y el antirreduccionismo significa, en cierto modo, que el Kosmos es creativo.

KW: ¿No le parece sorprendente? Whitehead enumeraba sólo tres «categorías últimas» -es decir, conceptos que debemos tener en cuenta para pensar sobre cualquier otra cosa-, la creatividad, la unidad y la multiplicidad. (Y dado que cada holón es realmente una unidad/multiplicidad, esas categorías quedan reducidas a holones creativos.)

Pero el hecho es, como dijo Whitehead, «el último principio metafísico es *el avance creativo hacia la innovación*». La emergencia creativa de nuevos holones. ¡Creatividad y holones, éstas son las categorías básicas que debemos tener en cuenta antes de pensar en cualquier otra cosa!

Y esto es precisamente lo que afirma el principio número 3: los holones emergen. Cada holón posee estas cuatro capacidades básicas (individualidad, comunión, autodisolución y autotranscendencia). Así es como se va creando el Kosmos.

P: Esto sería adelantar un poco las cosas y por el momento no quisiera entrar en ello. Usted relaciona la creatividad con el Espíritu.

KW: ¿Qué es la creatividad sino otro modo de nombrar al Espíritu? Si, como decía Whitehead, la creatividad es un fundamento *último* -algo con lo que se debe contar antes de poder tener cualquier otra cosa-, ¿qué es el «último sustrato metafísico» sino el Espíritu? Y por Espíritu también entiendo al término budista «Vacuidad», del que también vamos a hablar. Pero el Espíritu, o la Vacuidad, da lugar a la forma, de ella emanan las nuevas formas y los nuevos holones.

Ya hemos dicho que la ciencia *está de acuerdo* en que la autotranscendencia está entretejida en la misma urdimbre del universo. De qué otro modo podríamos denominar a esa creatividad autotranscendente sino Espíritu, Vacuidad, creatividad, holones.

P: En este punto también ha habido, en determinados círculos científicos, un cierto cambio hacia una lectura más espiritual e idealista de la creación.

KW: En cierto modo. El Big Bang ha convertido en idealista a todo aquel que piense. Primero no había absolutamente nada,

luego tiene lugar el Big Bang y ¡he aquí que aparece algo! Esto es muy extraño. De la vacuidad más completa emerge todo el mundo de lo manifiesto.

Para la ciencia tradicional esto ha supuesto un duro golpe porque impone un límite de tiempo al estúpido azar que, según se suponía, explicaba el universo. ¿Recuerda usted aquel ejemplo de los mil monos y Shakespeare, un ejemplo según el cual el azar podía dar lugar al universo ordenado?

P: ¿El que afirmaba que, disponiendo de suficiente tiempo, un puñado de monos aporreando las teclas de una máquina de escribir terminarían escribiendo una obra de teatro de Shakespeare?

KW: ¡Disponiendo de suficiente tiempo! La probabilidad de que, de ese modo, los monos pudieran escribir una obra de Shakespeare sería de uno entre diez elevado a cuarenta. Tal vez algo así pudiera ocurrir en un lapso de mil billones de años. Pero el hecho es que el universo no tiene mil billones de años sino sólo doce mil millones de años.

Y esto ha cambiado *completamente* las cosas. Los cálculos efectuados por los científicos, desde Fred Hoyle hasta RB. Salisbury, muestran de manera contundente que en doce mil millones de años ni siquiera existe la posibilidad de producir *una simple enzima*.

En otras palabras, algo distinto al azar es lo que está empujando al universo. El azar era la tabla de salvación, el dios, de los científicos tradicionales porque servía para explicarlo todo. El azar -y un tiempo infinito ¹ podría llegar incluso a crear el universo. Hoy en día, sin embargo, los científicos saben que no disponen de un tiempo interminable y, en consecuencia, su antiguo dios ha fracasado miserablemente. Ese dios ha muerto, el azar no puede explicar al universo porque, de hecho, es precisamente el azar lo que el universo se está esforzando laboriosamente por superar, es precisamente el azar lo que se ve superado por el impulso autotranscendente del Kosmos.

P: Lo cual es otra forma de decir que la autotranscendencia está integrada en el universo o, como usted mismo dice, que la autotranscendencia constituye uno de los cuatro impulsos de todo holón.

KW: Así lo creo yo. El Kosmos tiene un impulso formativo, un *telos*. El Kosmos tiene una dirección y se dirige hacia algún lugar. Su sustrato es la Vacuidad, su impulso es la organización de la forma en holones cada vez más coherentes. Vacuidad, creatividad, holones.

P: Lo cual es aprovechado por los «creacionistas religiosos» porque dicen que concuerda con lo que afirma la Biblia y el Génesis.

KW: Bien, ellos se han apoderado de la evidencia creciente de que la explicación científica tradicional ha dejado de ser válida. Es la creatividad, y no el azar, el que construye el Kosmos. Pero ello no significa que usted pueda equiparar a la creatividad con su dios particular favorito. De ello no se sigue que en ese vacío pueda usted postular la existencia de un dios poseedor de las características concretas que a usted más le agraden (como, por ejemplo, que dios es el dios exclusivo de los judíos, de los hindúes, de los pueblos indígenas, que dios está cuidando de mí y que es bueno, justo y misericordioso). Debemos ser muy cautelosos con este tipo de caracterización antropomórfica restrictiva. Ese precisamente es uno de los motivos por los que prefiero utilizar el término «vacuidad», otro modo de nombrar a lo ilimitado y lo incalificable.

Pero los fundamentalistas, los «creacionistas», se aprovechan de estas vacaciones en el hotel de la ciencia para abarrotar el congreso con sus delegados. Ellos consideran que la apertura -la creatividad- es un *absoluto* y equiparan a ese absoluto con su dios mítico favorito, atribuyéndole rasgos inspirados en sus propias tendencias egoicas, comenzando con el hecho de que si usted no cree en ese dios particular se freirá para siempre en el infierno, lo cual no hace más que reflejar el estado mental exacto de quienes creen en concepciones tan rudimentarias.

Por ese motivo creo que deberíamos ser muy cuidadosos con la forma en que nos referimos a la apertura espiritual del Kosmos. Porque el hecho es que el Espíritu o la Vacuidad es incalificable, pero no es inerte ni inmutable porque su creatividad, en úl-

tima instancia, es la que da lugar a la emergencia de nuevas formas. Vacuidad, creatividad, holones.

Dejémoslo aquí por el momento. ¿De acuerdo? Más tarde volveremos sobre este mismo tópico.

La holoarquía

P: Muy bien. Acabamos de ver el principio número 3, que afirma que «los holones emergen». El principio número 4, por su parte, dice que los holones emergen holoárquicamente. ¿Qué es eso de la holoarquía?

KW: Holoarquía es el término que utiliza Koestler para referirse a la jerarquía, un término que hoy, por cierto, tiene una muy mala prensa porque la gente suele confundir jerarquías de dominio con jerarquías naturales.

Una jerarquía natural es simplemente un orden de totalidad creciente (como, por ejemplo, las partículas, los átomos, las células y los organismos, o las letras, las palabras, las frases y los párrafos) en el que la totalidad de un determinado nivel de la jerarquía forma parte de la totalidad propia del siguiente nivel.

En otras palabras, las jerarquías normales están compuestas de holones y es por ello que, según Koestler, podríamos perfectamente llamar «holoarquía» a la «jerarquía», algo absolutamente adecuado porque casi todos los procesos de crecimiento -desde la materia hasta la vida y, desde ésta, hasta la mente- discurren a través de holoarquías naturales hacia órdenes de holismo y totalidad creciente (totalidades que se convierten en partes de nuevas totalidades).

P: Son las jerarquías de dominio las que enloquecen a la gente.

KW: Y existe un buen motivo para ello. Cuando un determinado holón de una jerarquía natural abandona su lugar e intenta dominar a la totalidad termina imponiendo una jerarquía de dominio, una jerarquía patológica (algo que ocurre, por ejemplo, cuando una célula cancerosa somete a la totalidad del cuerpo,

cuando un dictador fascista tiraniza al cuerpo social o cuando un ego represivo esclaviza al organismo).

Pero la curación de las holoarquías patológicas no consiste en desembarazarse de la holoarquía -algo, por otra parte, imposible de llevar a cabo - sino más bien en reintegrar al holón arrogante al lugar que le corresponde en la holoarquía natural. Pero los críticos de la jerarquía -sus nombres son legión- confunden a las holoarquías patológicas con las holoarquías en general y terminan arrojando al niño junto al agua de la bañera.

P: Porque ellos afirman que el intento de desembarazarse de las jerarquías es una forma de holismo.

KW: Cuando lo cierto es exactamente lo contrario, porque la única alternativa realmente holística es la holoárquica. Cuando los holistas dicen que «la totalidad es mayor que la suma de las partes» están queriendo decir que la totalidad está ubicada en un nivel holoárquicamente superior o más profundo de organización que las partes, lo cual, evidentemente, presupone la existencia de una jerarquía, de una holoarquía. Las moléculas aisladas se agrupan en una célula gracias a propiedades que trascienden a las de las simples moléculas aisladas. En este sentido, la célula se halla ordenada holoárquicamente, puesto que sin holoarquías no hay totalidades sino tan sólo conglomerados.

En otras palabras, los llamados «holistas» que se dedican a negar la existencia de las holoarquías son, en realidad, «conglomeristas», una forma solapada de reduccionismo.

P: Pero son muchas las feministas y los ecofilósofos que afirman que cualquier tipo de holoarquía o «categorización» es opresivo e incluso fascista. Según ellos, todo ordenamiento vertical [*ranking*] de valores es un rasgo del «viejo paradigma», un rasgo «patriarcal» y opresivo que debe ser reemplazado por una visión relacionante del mundo [*linking*]. En este punto son muy agresivos y sus acusaciones son sumamente virulentas.

KW: Pero el hecho es que no hay modo de evitar la jerarquía. Hasta los mismos teóricos antijerárquicos que usted menciona tienen su propia jerarquía, tienen su propia categorización. Sin

ir más lejos, según ellos, relacionar es *mejor* que ordenar, lo cual, evidentemente, presupone la existencia implícita de una escala de valores, aunque su misma negativa a admitir esa situación convierte a su jerarquía en algo inconsciente, oculto y reprimido. Se trata de una jerarquía que niega la jerarquía, de un sistema de categorización que dice que categorizar es malo.

P: ¿Algo a lo que usted denomina «contradicción performativa»?

KW: Sí. El hecho es que la postura antijerárquica es profundamente contradictoria y ése es también el motivo por el cual esos teóricos suelen asumir una actitud tan hipócrita. Está claro que tienen una jerarquía pero se trata de una jerarquía inconsciente y pobremente elaborada. Y con esta jerarquía disfrazada arremeten contra el resto de las jerarquías muy satisfechos consigo mismos porque se creen «libres» de toda esta sucia categorización. De este modo, se dedican a culpar a los demás por hacer precisamente lo mismo que ellos están haciendo sin querer admitirlo. Se trata, como ve, de una cuestión completamente ridícula.

P: Pero como usted mismo ha subrayado, la noción de jerarquía ha servido como justificación de muchos abusos.

KW: Así es. Pero la solución no estriba en desembarazarse de toda jerarquía o de toda holoarquía, lo cual resultaría imposible. El mismo intento de desembarazarse de toda categorización es una forma de categorizar. Negar la jerarquía está basado, lo queramos o no, en un tipo de jerarquía. El universo está compuesto de holones y los holones existen holoárquicamente y, en consecuencia, no es posible escapar a esta jerarquía anidada. Nuestro intento, por el contrario, trata de diferenciar entre las holoarquías *normales* y las holoarquías *patológicas* o de *dominio*.

P: De modo que no hay forma de escapar de las holoarquías.

KW: Efectivamente, porque no hay modo de escapar de los holones. Toda pauta evolutiva y de desarrollo procede a través de un proceso de holoarquización, a través de un proceso de órdenes de totalidad e inclusión creciente, una forma de *categorizar* en función de la capacidad *holística*. Éste es el motivo por el cual el principio básico del holismo es la holoarquía: las dimensiones

superiores o más profundas proporcionan un principio, un «aglutinante», una pauta, que une y vincula partes que, de otro modo, estarían separadas, en conflicto y aisladas, en una unidad coherente, en un espacio en el que las partes separadas participan de una totalidad común y escapan, de ese modo, al destino de ser una mera parte, un mero fragmento.

Así pues, el hecho de establecer relaciones es realmente importante, pero hay que tener en cuenta que sólo es posible dentro de un ordenamiento y una holoarquía en un entorno holoárquico que posibilita la unión y la relación. De otro modo, no habría totalidades sino sólo conglomerados.

Y cuando un determinado holón quiere convertirse en totalidad y dejar de ser parte, esa holoarquía natural o normal termina degenerando en una holoarquía patológica, en una holoarquía de dominio, otro modo de hablar de la enfermedad, de la patología y de la insania (ya sea física, emocional, social, cultural o espiritual). Y si nosotros «atacamos» a esas jerarquías patológicas no es para desembarazarnos de toda jerarquía sino para permitir la emergencia de las jerarquías normales o naturales y posibilitar, de ese modo, el proceso de crecimiento y desarrollo.

El camino que todo lo engloba

P: Muy bien. Repasemos ahora lo visto hasta el momento. El primer principio afirma que el Kosmos está compuesto de holones, todo el camino hacia arriba y todo el camino hacia abajo. El segundo dice que todos los holones disponen de cuatro capacidades fundamentales: individualidad, comunión, trascendencia y disolución. El tercero afirma que los holones emergen. Y el cuarto dice que los holones emergen de manera holoárquica.

KW: Sí. Ésos son los cuatro primeros principios.

P: Veamos ahora el principio número 5: Cada holón emerge trasciende pero incluye a su(s) predecesor(es).

KW: La célula, por ejemplo, trasciende -o va más allá- que

sus componentes moleculares pero, obviamente, también los incluye. Las moléculas trascienden e incluyen a los átomos que, a su vez, trascienden e incluyen a las partículas...

El hecho es que, puesto que todos los holones son totalidad/partes, la totalidad *trasciende* pero las partes *son incluidas*. En esta trascendencia, los conglomerados se convierten en totalidades; en la inclusión, las partes son igualmente aceptadas e integradas, unidas en una totalidad y un-espacio compartido _que los libera del lastre de ser un mero fragmento.

La evolución, por tanto, constituye un proceso de trascendencia e inclusión, un proceso que trasciende e incluye. De este modo es como comenzamos a aproximarnos al núcleo del Espíritu-en-acción, el secreto mismo del impulso evolutivo.